

La gran artista

Narrada por Eesha Sardesai

La artista estaba de pie frente a su lienzo, con la majestuosa ciudad de Dwarika desplegándose frente a ella. Su pincel se deslizaba y giraba a lo largo y ancho del lienzo: cada movimiento de su brazo era una danza, cada pincelada, su propia forma de poesía. A través de sus ojos, los hogares y los templos de la ciudad eran más grandiosos que en la vida real y ejecutados con más autenticidad, las historias de sus muros reflejadas con mayor nitidez. La gente de la ciudad era aún más hermosa, y, de alguna manera, poseían una realidad incluso más intensa: cada pliegue de su vestimenta, cada línea en sus rostros contaba una historia de triunfo, de dolor, de amor y pérdida y una vida vivida.

El nombre de la artista era Chitrlekha y era famosa en todo Dwarika. Parecía no haber nada que no pudiera pintar.

Ahora bien, Chitrlekha era muy consciente de sus talentos. Sabía que su técnica no tenía par, que su creatividad no tenía rival. Sabía que era grandiosa -y anhelaba serlo aún más.

Mientras finalizaba su pintura de la ciudad, untando los últimos azules y dorados en su cielo empapado de sol, se preguntaba qué debía pintar después. ¿Qué podría lograr, con líneas y color, que sorprendiera, que inspirara asombro, que pudiera ser un reto para ella y probar aún más el calibre de su habilidad? Ya había pintado cada rincón de Dwarika. Ya había hecho retratos de todos los nobles y de la realeza.

O - ¿Realmente lo había hecho?

Al pensarlo con detenimiento, Chitrlekha cayó en la cuenta: sí *había* alguien a quien aún tenía que pintar. *Había* alguien cuya incandescencia y majestuosidad

aún tenía que captar sobre la tela. Y era el mismísimo gobernante de Dwarika y de todos los mundos más allá. Era el Señor mismo: Shri Krishna.

“Si, eso es,” pensó Chitrlekha. “Si logro pintar al Señor Krishna, entonces ya no habrá duda. Seré la pintora más consumada de esta tierra.”

Con ello, Chitrlekha empacó su lienzo y se fue derecho al palacio para pedir audiencia con el Señor. Finalmente, los guardas del palacio la dejaron pasar y la guiaron a lo largo de un pasillo amplio y ventilado hacia uno de los salones. El Señor Krishna estaba dentro, de pie frente a una ventana. El sol fluía hacia el interior y a su alrededor, dando a las plumas de pavorreal de su corona un aspecto iridiscente. Lo rodeaba un halo de luz.

El Señor volteó cuando anunciaron la llegada de Chitrlekha.

“Chitrlekha,” dijo, sonriendo. “La gran artista. Bienvenida. ¿A qué debo este honor?”

“Mi Señor,” dijo Chitrlekha. “He venido a pedirte si me concederías el privilegio de pintar tu retrato.”

Quizás fue un truco de la luz, pero hubo algo en la expresión de Krishna que Chitrlekha no alcanzó a identificar - ¿un destello en sus ojos?

Un instante después, ya no estaba. Y todo lo que Krishna dijo fue, “Por supuesto. Puedes empezar mañana.”

Emocionada por su buena suerte, Chitrlekha corrió a su casa para prepararse. Regresó a la mañana siguiente trayendo con ella todo lo que necesitaba -sus lienzos, su caballete, sus mejores pinceles y pinturas. Cuando entró al salón encontró a Krishna sentado en un ornamentado banco, con la mano descansando en uno de sus bordes.

“¿Qué tal así?” Le preguntó Krishna a Chitrlekha. “¿Quedaré bien esta pose para tu pintura?”

“Si, gracias, mi Señor. Es perfecta.” Chitrlekha armó rápidamente su caballete y se puso a trabajar.

Sus ojos iban de un lado al otro, de Krishna al lienzo, con el pincel en mano moviéndose como una marioneta en respuesta a cada nueva forma que su ojo captaba, cada nueva sombra y cada curva. Siguió pintando así por varias horas.

Finalmente, se alejó de su lienzo. “Mi Señor,” dijo, enjugándose la frente. “Ya casi termino. Si te parece bien, quisiera regresar mañana para finalizar la pintura.”

“Oh, si,” dijo Krishna. “Por supuesto -regresa mañana.”

Así que al día siguiente Chitrlekha regresó y siguió pintando. Estaba tan absorta en lograr los colores exactos, y plasmar la brizna de las plumas de pavorreal del Señor, que le tomó varios minutos darse cuenta de que algo estaba distinto.

¡El banco -! ¡el banco! ¡Aquel sobre el que el Señor Krishna había estado sentado el día anterior! Ya no estaba. En cambio, él estaba de pie. Y estaba mirando directamente a Chitrlekha, con una sonrisa en el rostro.

“¡Mi Señor!” exclamó Chitrlekha. “veo que cambiaste tu pose.”

“Si,” dijo Krishna afablemente. “Es mejor que me pintes estando de pie.”

Bueno, pensó Chitrlekha, esto sí que es inesperado.

“Pero – mi Señor,” dijo, “Eso significa que tendré que empezar de nuevo.”

“Oh,” dijo Krishna, abriendo ligeramente los ojos. “Pues, si, supongo que tendrás que hacerlo.”

“Yo -Yo...- sí. Está bien. Eso haré.” Chitrlekha revolvió sus cosas en busca de otra tela -intentando en vano esconder su confusión.

Inhaló profundamente y empezó a pintar de nuevo. Después de unos minutos estaba de vuelta en un lugar que sentía familiar. Los colores se lograban, las formas cobraban sentido, estaba captando el detalle de la expresión del Señor de forma exacta y-

Un momento. Chitrlekha se echó para atrás. *¿Qué era eso-?*

Despacio, y con cierta ansiedad, asomó la cabeza por el borde del lienzo. Definitivamente, la expresión de Krishna había cambiado. Ya no sonreía: ahora su expresión era firme, resoluta.

“Mi – mi Señor,” dijo Chitrlekha débilmente.

“¿Si, Chitrlekha?”

“Tu expresión...”

“Ah, sí,” dijo Krishna. “La he cambiado. Deberías pintarme de esta manera.”

Pintarlo de esa manera, se repitió para sí Chitrlekha. *Trató de recomponerse, valientemente. No importa. Yo puedo hacerlo.* Asintió hacia Krishna y alzó su pincel.

Momentos más tarde, lo volvió a bajar.

“¡Señor mío!” dijo.

“¿Chitrlekha?”

“¿Qué hacen *ellos*? Apuntó hacia un par de fornidos ayudantes que se arrastraban hacia Krishna, con una gran silla dorada en sus brazos.

“¿Te refieres a mis ayudantes?” dijo Krishna. “Me están trayendo esa silla.”

“¿Te sentarás en esa silla, mi Señor?”

“Si, claro. Y tú me pintaras sentado en ella.”

Los ojos de Chitrlekha se abrieron de par en par. No podía hablar. Se volteó hacia su paleta, volvió a mezclar los colores y - ¿Qué más podía hacer? - empezó de nuevo.

Esto siguió así por días, semanas, meses. Chitrlekha avanzaba casi hasta la mitad de su pintura, sólo para darse cuenta de que se requería un nuevo ajuste - la expresión del Señor había cambiado, o su postura, o había que moverse hacia otro escenario o conseguir algún accesorio nuevo. Chitrlekha hizo uso de cada una de las técnicas que conocía, de cada estilo de pintura y dibujo que alguna vez hubiera aprendido. Desafortunadamente, nada funcionó. El Señor se movía, y su pincel no podía anticipar su movimiento.

Finalmente, un día, cuando estaba casi al borde de su capacidad mental, fue a buscar al Sabio Nárada para pedirle consejo. Nárada era un gran devoto del Señor.

“O sabio, ¿qué hago?” gimió, después de contarle toda la triste historia.

Nárada la miró con ternura. “Mi querida Chitrlekha,” le dijo, con dulzura. “Si tú en verdad quieres pintar al Señor, tu lienzo debe estar más limpio.

¿Un lienzo más limpio? Las palabras del sabio resonaron en los oídos de Chitrlekha. Se quedaron con ella mientras caminaba despacio hacia el palacio para seguir pintando. *Un lienzo más limpio.*

Su caballete estaba ahí, en el mismo lugar donde siempre estaba, y sus pinturas y pinceles estaban todos afuera. El Señor estaba de pie, esta vez.

Ella apuntaló su lienzo.

“¿Estás lista para empezar?” Le preguntó Krishna.

Chitrlekha hizo una pausa. “Eso creo, Señor mío,” dijo. “Sí, supongo que es una especie de inicio.”

“¿Qué quieres decir, Chitrlekha?” Y, sin embargo, los ojos del Señor estaban llenos de saber.

“Creo que al final la tengo, Señor mío. Tengo tu pintura.”

“¿Es así?” dijo Krishna. “Déjame ver.”

Chitrlekha volteó el lienzo hacia Krishna. Salvo que -no era en sí un lienzo, o no el tipo que ella se había acostumbrado a usar. En su lugar, era una hoja de vidrio claro y reflejante: un espejo.

El Señor observó su reflejo en el espejo y luego volteó hacia Chitrlekha.

Fue en ese momento -cuando los ojos de Chitrlekha encontraron a los del Señor, cuando ya no había nada sino el invisible hilo dorado que conectaba su mirada con la de ella, cuando percibió su sensación de estar disolviéndose en esas entrañables profundidades de compasión -fue en *ese* momento cuando estallaron los colores.

Y estallaron con una intensidad, con una belleza, unos matices y un gozo más allá de su más desatada imaginación. Antes, podía ver color, pero ahora – *ahora* – estaba viendo los colores hasta entonces no vistos. Antes podía sentir la textura, pero ahora la suavidad y la seda eran inseparables de su propio ser. Escuchaba la música del silencio antes de cristalizarse en sonido: y la poesía de su alma, con un ritmo tan inmediato como el propio latido de su corazón, la recorrió con una urgencia, una pasión que no podía ser contenida.

Y en su mente ella bailaba, Chitrlekha, con los colores irradiando de su pecho y la luz derramándose en cascadas sobre su ser. ¿Acaso estaba creando esta pintura, o era ella misma la pintura? Apenas lo sabía. Apenas le importaba.

Chitrlekha se llevó las manos al rostro. Se sorprendió al sentir humedad. Mientras parpadeaba a través de sus lágrimas, el rostro del Señor se enfocó de nuevo, brillante y benévolo como el sol. El asintió con la cabeza.

Y Chitrlekha, la gran artista, alzó su pincel.

